



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Suscripcion á favor de la desgraciada y apreciable poetisa gaditana Doña Maria Josefa Zapata —A una rosa; poesia.—El pordiosero del lugar.—Amor, orgullo y razon; poesia.—La flor de las ruinas.—Modas.—Esplieacion del figurin para los suscritores á la edicion completa.—Advertencia.

SUSCRICION

á favor de la desgraciada y apreciable poetisa gaditana Doña Maria Josefa Zapata.

No hay nada más bello, más consolador, que un acto de caridad ejercitado á tiempo y que con su oportuno remedio lleve al seno de la desgracia el eficaz auxilio que reclama de la filantropía y la piedad.

Cuando hay un sér desventurado que gime víctima del dolor y de la suerte más cruel, debemos tenderle la mano; el Evangelio nos lo manda, y el sentimiento divino de la caridad que habla muy alto en los corazones cristianos, nos inspira el ardiente deseo de ser útil al des-

valido, de proteger con todas nuestras fuerzas al infeliz que de nosotros implora conmiseracion y amparo.

En este caso se halla la señora en cuyo favor abrimos esta suscripcion; necesita para no perecer, para no sucumbir al peso de sus amargas aficciones un socorro pronto, inmediato, y le reclama de los suscritores de LA VIOLETA, esperando llena de confianza que no serán sordos á su ruego auxiliándola con sus donativos, que por insignificantes que sean contribuirán á satisfacer una necesidad urjentísima, grave é imperiosa.

Creyendo serán del agrado de nuestros lectores, ponemos á continuacion los ligeros apuntes biográficos que al efecto nos remite nuestro apreciable amigo y corresponsal don Francisco de P. Rioja.

La poetisa gaditana Doña Maria Josefa Zapata empezó sus trabajos literarios en 1846, dándolos á luz en el periódico *El Meteor* que se publicaba en Cádiz, los cuales fueron repro-

ducidos por los periódicos de la capital, así como por otros de Barcelona y Granada.

Fué una de las fundadoras y colaboradoras del *Pensil Gaditano* despues de *Iberia*, publicado con gran aceptacion en Cádiz por los años de 1857 y 1858.

De una familia noble, aunque de escasos recursos, tuvo que dedicarse desde jóven al trabajo manual de labores de primor, tanto para atender á su subsistencia como á la de sus ancianos padres, sacrificando así más de una vez en aras del deber filial, su porvenir y su fortuna.

Compartiendo sus tareas entre la aguja y la pluma ha llegado á la edad provecta sin otros dones ni recursos que los de su laboriosidad y acrisolada virtud, por todos reconocidas.

Privada de la vista há más de un año, efecto de su escetivo trabajo, se sostiene únicamente por los caritativos auxilios de algunas personas conocedoras de sus relevantes prendas, y con el apoyo que la prodiga otra señora amiga suya, colaboradora tambien del *Pensil*, en cuya compañía se halla.

Preparada á la operacion de las cataratas, que se propone hacerla gratuitamente el acreditado profesor Sr. Zurita, de Cádiz, espera recuperar su perdida vista para poder dedicarse á sus tareas habituales, y entre tanto implora el favor de las filantrópicas y caritativas personas que se dignen socorrerla.

En su nombre, y en nombre de la caridad la redaccion de LA VIOLETA suplica á sus suscritores, á sus colaboradores y á sus amigos tengan la bondad de contribuir con su donativo á esta obra generosa. Por pequeña que sea la cantidad que nos remitan la agradeceremos igualmente, pues siempre contribuirá al aumento de la suma que en obsequio de esta desgraciada señora logremos reunir.

Los nombres y las cantidades que para este objeto se nos remitan se insertarán en LA VIOLETA, empezando desde el próximo número.

En Madrid está abierta la suscripcion en la redaccion de este periódico, Postigo de San Martín, núm. 9, tercero derecha; en la librería de D. Leocadio Lopez, calle del Cármen, número 29; en la de D. Mariano Escribano, Príncipe 25, y en casa de todos los correspon-

sales de LA VIOLETA. En Valencia, D. Rafael Ferrer y Bigné, calle de la Conquista, núm. 14. En Granada, doña Rogelia Leon.

El encargado en Soria de admitir los donativos es D. Francisco de P. Rioja, y en Cádiz la misma señora en cuyo favor se abre esta suscripcion, doña María Josefa Zapata, calle de la Teneria, núm. 8, cuarto tercero derecha.

Escusamos encarecer el mérito de esta señora, tan digna de mejor suerte, porque ya nuestros lectores han visto en las columnas de LA VIOLETA algunas de sus bellísimas poesías, más recomendables porque son hechas de memoria, teniendo su autora que valerse para escribirlas de una persona estraña.

En cuanto á su bondad, su escasez y su afflictivo estado es conocido de cuantas personas la tratan. ¡Ay! Ojalá que nuestros esfuerzos obtengan un resultado satisfactorio, pudiendo aliviar algun tanto su amarga situacion. Si no lo conseguimos nos quedará la gloria de haberlo intentado; empero mucho esperamos, mucho confiamos en los filantrópicos sentimientos de las personas á quienes nos dirigimos, animándonos la grata esperanza de ver en la lista los nombres de nuestros más queridos amigos y de todas las personas á quien nos ligan lazos de simpatías, de amistad y de compañerismo.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Á UNA ROSA.

¡Hermosa flor de nacaradas hojas
tersas como las perlas del Oriente!
El puro aroma que al nacer arrojas
envuelve entre sus pliegues el ambiente.

Eres la gala del pensil florido,
¡la reina de las flores blanca rosa!
No hay veneno en tu néctar escondido;
¡eres tan inocente como hermosa!

Deslízase tu vida dulcemente,
feliz gozando tu tranquila infancia,
y en el tallo te meces blandamente
exhalando purísima fragancia..

Tú recibes del aura cariñosa
los castos besos que su amor te envía,
y tu corola ostentas orgullosa
sin marchitar su fresca lozanía.

En tí se posa mariposa leve,

y agitando sus alas de colores,
la miel que guardas en tu seno bebe,
despreciando por tí las otras flores.

El sol arroja sus dorados rayos
sobre tus blancas hojas una á una,
y allá á la noche en lánguido desmayo
¡tierna las besa la argentada luna!

¡Mas dime, linda flor! ¿Esa hermosura
y el blanco mate de tus tersas hojas
conservan siempre toda su frescura?
¿No te marchitas, di? ¿No te deshojas?

Acaso, bella flor, el ser hermosa
¿es escudo quizá bastante fuerte
en esta vida triste y azarosa
á contener el brazo de la muerte?

¡Ay, nó! Que de la vida se despoja
cuanto cobija con su manto el cielo;
por eso miro ya tus blancas hojas
¡que el viento esparce por el triste suelo!

Esa misma beldad, esa pureza,
la causa fueron de tu mal ¡oh rosa!
admiraron tu cándida belleza
y no te respetaron por hermosa.

Por mano aleve con codicia impía
de tu tallo feliz fuiste tronchada,
y al verte sin verdor ni lozanía
¡marchita te dejaron y olvidada!

Al contemplar tu desdichada suerte,
henchido el corazón de sentimiento,
el descanso buscastes en la muerte
¡arrojando tus pétalos al viento!

¿Qué fué de tus perfumes, flor querida?
¿Qué fué de tu belleza, blanca rosa?
¡Eres emblema fiel de nuestra vida!...
¡Más desgraciadas cuanto más hermosas!

JOSEFA SEVILLANO DE ROBY.

EL PORDIOSERO DEL LUGAR.

(Continuacion.)

III.

El que diga que todos son goces para los ricos, se equivoca, y si nó, que se tome el trabajo de mirar unos instantes el azufrado rostro de D. Damian.

La vida y un caudal poderoso doy yo por no pasar un ratito como el que se le ofrecia al usu-

tero, luchando con la idea de que si aquellas mujeres se iban descontentas, podian sus maridos irse en el verano á trabajar á otra parte y tener él que traer gente que le costase un ojo de la cara; pues aquellos, como hijos del pueblo, perdian por una bicoca la mitad de la vida en cada estío.

Al empezar el párrafo de este capítulo tercero, lo que menos creian mis lectoras que iba á decir que el mal rato que pasaba D. Damian era porque aquellos lagrimones del corazón lanzados por las mujeres le habian enternecido, ó la terrible solfa que dando gritos en varios tonos lanzaban los hambrientos niños.

¡Nada de eso! ¡buena gana tenia él de llorar! ¿Qué las impulsaba á venir al mundo, para importunar á las gentes pacíficas como él?

¡Qué sandeces tienen los pobres! ¡Maldito si se pueden sufrir! Es una plaga tan enfadosa como el no tener sueño ó no tener hambre, cuando poseemos una renta crecida para regalar el paladar á nuestro gusto.

Ya se vé, D. Damian no tenia más que decir, «qué quieres, boca,» para darle enseguida lo que pedia, y no es extraño no se hiciese cargo que otros que habian nacido cristianos como él, no solo no podian decir otro tanto, sino que hacía dias que la boca solo les servia de adorno; pues estaría feísimo un rostro con ese agujero tapado, como una mejilla ó como la barba, la frente ó el cogote.

Mucho se hubiera alegrado este caritativo señor que hubiese sido moda tapiar la boca de los pobres para que no se acalorasen ni sufriesen, dando quejas al aire, como la codorniz de la fábula.

El día habia empezado mal para el panzudo señor, y lo peor era que no iba á quedar en eso.

Al desfilar las lloronas para salir de su casa, y cuando ya se creía libre de aquella plaga, é iba á tomar sosegadamente su abundante y riquísimo desayuno apenas viese salir la última, hé aquí que se descorre el telón, y entre la turba de mujeres aparece un nuevo personaje en escena.

¡Dramática en verdad era su figura!

Quisiera hacérsela conocer minuciosamente; pero creo que todas mis lectoras y lectores,

como buenos cristianos, habrán visto más de una vez á San Cristóbal, con un hermoso niño al hombro y apoyándose en un tronco de árbol mas bien que en un palo cualquiera, para poder andar, llevando su carga preciosa, porque su estatura gigantesca le hacía doblarse como un alto pino en una colina.

Pero aunque he procurado presentaros un tipo parecido al que asomó la cabeza por las puertas de D. Damian, hay que añadir algunas ligeras observaciones, porque San Cristóbal no llevaba las barbas llenas de copos y carámbanos de nieve como nuestro personaje, ni iba ya con la sonrisa estirada y horrible del helado, ni su querido niño estaba á punto de morir, como aquel que el infeliz hombre estrechaba sobre el corazon con sus yertos brazos.

Horrorosa era en verdad la escena, de ver un padre queriendo prestar á su hijo el calor que á él le faltaba.

Agarrotados sus miembros, no tenían esa blandura y flexibilidad que se necesita para proteger y arrullar á los pobres niños; así es que aquellos brazos prensaban á la pobre criatura en lugar de guarecerla del frio.

El infeliz hombre iba medio desnudo, llevando la cabeza descubierta, gracias á que unos ásperos y abundantes rizos formaban casi una gorra de piel sobre ella.

Además, no iban desprovistos de adorno; lo mismo que la barba llevaban vistosos colgantes de hielo, pareciendo la estatua colocada en un pórtico de uno de los palacios que atraviesa el cristalizado Neva.

Los ojos del desgraciado se asemejaban á dos pequeños súelos de vaso, donde hubiesen pintado una negra mancha.

No tenían movilidad, no pestañeaban, habían perdido hasta los movimientos nerviosos, y estaban quebrados y turbios, como los de un sér que espira.

Sin embargo, aquel hombre habria sido hermoso.

Todas sus formas tenían ese desarrollo gigantesco de las razas primitivas, y su rostro esmaltado y pálido, adornado con profusion de vello, que casi formaba rizos descansando sobre el pecho, le daban el aspecto con que nos pintan á nuestro hermoso Redentor esos grandes

estatuarios, que saben hacer de un pedazo de mármol duro y frio, la espirante y hermosísima cabeza de Jesucristo.

El infeliz hombre se detuvo á la puerta de D. Damian, quedándose fijo é inerte como una columna que hubiesen puesto allí. No hablaba, ni se movia; pero por uno de esos grandes esfuerzos de la naturaleza, estiró los brazos y presentó su amorado hijo, haciendo una contorsion tan extraordinaria con el rostro, que todas las mujeres lanzaron un grito dolorido, diciendo:—¡Dios mio! ¡Dios mio!... *¡Es el pobre del lugar!* ¡Infeliz! ¡se muere, se muere sin remedio!

Y la más cercana le arrancó el niño con grande esfuerzo, acurrucándolo entre su roto manton con más estremos y cariñoso delirio que si fuese el hijo de sus entrañas. Y... ¿qué mujer no hubiera hecho lo mismo? ¡Ellas! ¡que son nacidas para la caridad y la ternura! ¡Ellas! ¡que son los ángeles sobre la cuna de los inocentes niños!

¿Qué importa que no sea madre una mujer cuando vé un huérfano ó un desgraciado?

Todas ellas pueden llevar este hermoso título, porque todas son madres de la caridad.

Ninguna verá llorar un niño sin acallarle. Ninguna le verá desnudo y hambriento, sin quitarse los linos de su seno para envolverlo, y el alimento de su boca para alimentarlo.

Si veis una mujer fria é indiferente con los niños, no la ameís, ¡no la ameís, por Dios! ¡porque mañana será la madrastra de sus hijos!

—¡Pobrecito! ¡alma mia! ¡corazon mio!—decia la piadosa mujer acercando entrañablemente el niño del pobre á su seno para que le robase el alimento á su propio hijo, que entregó á otra por amparar aquel.

Pero el niño no daba señales de vida por más que ella le echaba el aliento sobre el rostro y cojia entre las suyas aquellas yertas manecitas, y queria trasladar su ser y sus entrañas á aquel cuerpo inanimado.

—Don Damian,—dijo una de ellas.—¡El pobre del lugar se muere! Que echen vuestros criados una buena lumbre en el fogon, que bajen á la bodega y saquen aguardiente, y suban sus mantas para envolverlo. Aun puede

vivir el desgraciado, y quizá tambien su tierna criatura.

—¡Temerarias! ¿quieren ustedes que yo vea en mi casa dos muertes y que luego cargue con las consecuencias? ¡Habrás visto igual desatino! Harto haré con dar un haz de leña para que le prendan fuego en el corral, donde trasladan ese hombre hasta que se reanime y pueda buscar su vida de nuevo.

—¡Qué horror! ¿A la intemperie quereis que le pongamos? ¡En el corral, sin techo, sin abrigo! Pues qué, ¿basta la lumbre al infeliz que se hiela?

¿Quién había de acercar á la llama este hombre para que su sangre paralizada acabára de freirse y muriera sin remedio?

Don Damian, aquí somos cristianos y sabemos lo que los cristianos hacen en estos casos.

¡Vamos, vamos adentro! y nosotros le haremos volver prestándonos su merced lo que necesitamos para ello.

Entretanto que así hablaba aquella piadosa mujer, una anciana que iba con ella se había quitado una manteleta de paño color de barquillo que llevaba y la había echado en los hombros del pobre, mientras con el delantal limpiaba su rostro y sus barbas de aquella capa de nieve que la cubría.

Aunque esta mujer era alta, tenía que hacer gran esfuerzo para llegar hasta el rostro de aquel hombre corpulento; pero las manos de la caridad alcanzan á todas partes, y esta buena mujer, llamada María, no podía desmentir el nombre de la piadosa Virgen, que ostentaba con mucho orgullo diciendo:—¡Me llamo como la madre de Jesús!

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

AMOR, ORGULLO Y RAZON.

Por vez primera te ví,
María, y me estremecí
De júbilo y de dolor,
Porque en tus ojos bebí
Desden al beber amor,

Enamorado quedé,
Y desde entonces no hallé
Más paz en mi corazón,
Pues delirante te amé
En contra de mi razón.

Tú que me amabas sentiste,
Y á la pasión resististe
Con orgullo sin igual.
Vencerla..... no la venciste,
Pero lo intentaste mal.

Los ojos tornaste á mí
Con expresión singular,
Tú me quisieras amar,
Mas hay un orgullo en tí
Que lo pretende ocultar.

Y por mi parte, María,
Siento en mi pecho crecer
Este amor de día en día
Que la razón á porfía
Empeño tiene en vencer.

Y los dos así luchando
Vamos la vida pasando,
Tú con tu orgullo queriendo,
Yo con mi razón amando,
Y ambos de amores muriendo.

JOSÉ PUIG PEREZ.

Alcoy, Julio de 1863.

LA FLOR DE LAS RUINAS,

RELACION DE UN SUCEDIDO,

POR FERNAN CABALLERO.

(Conclusion.)

—¡No, no! ¡Matadme de una vez, si no quereis que venga la muerte de aquel á quien amo, y que vosotros, tigres sanguinarios, fieras malditas de Dios, quereis matar ante mis ojos! Pero yo lo impediré, que la desesperación dá fuerza y valor; y si no lo logro, me vengaré,— ¡tan cierto como hay en el cielo Dios que nos juzga, y sol que nos alumbra! —delatándoos á la justicia.

El hermano mayor dió un paso hácia ella; mas el menor le detuvo diciéndole;

—No exasperarla más; está fuera de tino, y es capaz de todo.

—Pero no se puede dejar ir á este hombre;—repuso el mayor.

—Saquémosle de aquí;—propuso el menor.

—¡Cómo! ¡si hace una luna que deslumbra!

—¿Y quién pasa por este sitio á esta hora? Para mas seguridad lo disfrazaremos;—repuso el menor, que en seguida sacó de un arca un hábito de fraile.

—Saca tambien la mordaza;—advirtió el que hasta entonces había callado, el que en seguida se puso con el mayor á atar de pies y manos á su infeliz hermana, que se repercutía con violencia y rechazaba con desesperados, pero inútiles esfuerzos, á sus hermanos, que la dejaron atada y presa de una espantosa convulsion tendida en el suelo.

Habiéndole igualmente atado las manos á Pedro, puéstole la mordaza, revestido el hábito de fraile y calándole la capucha, salieron á la ancha calle que tenían que atravesar para internarse, como lo intentaban, en las ruinas del lado opuesto.

Estaba la calle tan bañada de la luz de la luna, que caía perpendicularmente sobre la tierra, que apenas hacian sombra los objetos. A cada lado de Pedro se colocó uno de los hermanos mayores, siguiéndole el tercero; y así se puso en marcha la fúnebre caravana en absoluto silencio; pues hasta sus pasos cautelosos pisaban mudos la tierra.

Apenas habían llegado á la mediacion de la calle, cuando de repente oyeron una voz récia y de mando que les gritó:

—¡Alto ahí!

Cual una centella reanimó y encendió esta voz las apagadas esperanzas de Pedro.

—¡Es una ronda, y somos perdidos, huyamos!—dijo el menor de los hermanos.

—¡Quietos!—mandó el mayor, y sacando un puñal, cuya hoja brilló á la luz de la luna como un relámpago. —Si haceis un solo movimiento, sois muerto!—dijo á Pedro.

El otro hermano le imitó, y Pedro se halló preso entre las afiladas puntas de dos puñales ocultos en las mantas de sus dueños.

En este momento llegaba la ronda.

—¿Quién vá?—preguntó el que hacia de jefe.

—Un padre que llevamos para auxiliar á nuestra madre moribunda;—respondió con serena voz el hermano mayor.

El jefe de la ronda se cercioró de que lo que decian era cierto, viendo al callado religioso; y Pedro sin poder exhalar el más leve sonido, ni hacer el más mínimo movimiento, oyó con desesperacion alejarse á la ronda, y debilitarse gradualmente el mesurado compás de sus pisadas.

—Aligerad el paso;—dijo el mayor de los foragidos, volviéndose los tres á encaminar hácia las ruinas. Mas antes de llegar á ellas volvió á oirse al jefe de la ronda, que gritó con voz enérgica:

—¡Alto ahí!

Los ladrones se pararon murmurando impresiones. La ronda se acercaba con pasos apresurados, precedida por una mujer, que con el cabello suelto, el rostro desencajado y con las muñecas ensangrentadas, corria y gritaba con desgarrador acento:

—¡Salvadle! ¡salvadle!—Y precipitándose en el grupo de los detenidos, arrancó la capucha que cubria la cabeza y el rostro de Pedro, exclamando con delirio:—¡Está salvo! ¡Bendita sea la Providencia y la justicia de Dios! ¡Librese la sangre inocente, aunque sea á costa de la culpable!

—¿Qué has hecho, infeliz?—esclamó Pedro.

—Lo que solo me quedaba que hacer;—contestó ella.—Procurar tu salvacion y buscar mi muerte.

—¡Oh! ¡no morirás, que yo te salvaré!—esclamó Pedro.

—No de mi puñal;—dijo en voz ahogada por la ira el mayor de los foragidos, el cual, antes que nadie hubiese previsto ni podido impedir su accion, había cumplido su amenaza.

—¡Oh! ¡qué frio es este acero!—dijo la herida poniendo la mano sobre su traspasado pecho.—¡Adios... Pedro!—añadió dirigiéndose á éste que se había precipitado á ella y la sostenia en sus brazos. —¡Muero por haberte salvado; y así es mi muerte más feliz que lo ha sido mi vida!

—¡No mueras, no!—esclamó desesperado Pedro.—Mi salvadora será mi compañera á la faz del cielo y del mundo.

—¡No, no! —repuso en balbuciente voz la moribunda.—LA FLOR DE LAS RUINAS debe morir entre ellas... ¡sola y abandonada como ha vivido! ¡Juez de los corazones,—añadió alzando sus ya quebrantados ojos,—ten conmigo la compasion que los hombres no han tenido!

Algun tiempo despues, se ajusticiaban en Lisboa tres bandidos, entre los cuales, uno atraia con particularidad la atencion de la muchedumbre por llevar la señal de Cain en la frente. Mientras, en una de las casas más ricas y conocidas se celebraba una junta de facultativos por hallarse en inminente peligro, de resultas de unas calenturas cerebrales, el hijo de los dueños.

MODAS.

Correo de señoritas.

Nuestras amables suscriptoras conocen ya la acreditada y elegante casa de madama Elisa Grenet (Puerta del Sol, 14); hoy hemos visto en ella las novedades propias de la estacion, de las que haremos una ligera reseña, segun lo que nos permite la estension de nuestras columnas.

Empezaremos por los sombreros. Los más admitidos por las damas del buen tono, son los de forma Emperatriz que bajan mucho sobre la frente dejando los lados descubiertos. Uno de los modelos, es de terciopelo blanco con dos plumas blancas puestas al lado derecho; en el hueco que forman vá colocado un grupo de rosas color de fuego y capullos de musgo. Una gran banda tableada del mismo terciopelo, atraviesa todo el sombrero, empezando desde la punta María Stuarda y terminando sobre el bavolet en un caprichoso lazo guarnecido de blonda. Esta es la novedad en estos sombreros que produce un efecto encantador. El bavolet es de tul Malinas y blonda que baja formando punta.

Otro modelo, que llama la atencion por la novedad y gracia con que están colocados sus adornos, es Habana con plumas del mismo color, la una que cae sobre la copa del som-

brero y la otra sobre la punta del ala, que es toda de tul de seda bordado y un bies de seda tambien. Atraviesa la copa hácia el redondo una banda enrollada con dos rosetas de pasamanería y azabache, y otra igual vá á buscar el centro de las dos plumas en igual disposicion. Un bavolet, cuyo centro es de tul y blondas, completa este lindo sombrero que lleva flores grana oscuro, en el bandó, y bandas blancas.

Hay muchos más en diversos colores, y cuyos caprichosos y elegantes adornos pueden ver nuestras lectoras diariamente.

En redondos los hay mosqueteros, calabreses y de mil formas, en terciopelo y castor guarnecido con escocés y plumas de fantasia que nada dejan que desear.—El buen gusto y la seriedad se hermanan en esta casa, y para niños, es difícil encontrar nada más elegante y distinguido.

Los vestiditos á la inglesa de terciopelo negro con adornos escoceses, y los de lana de todas disposiciones, son tan variados como bellos; pero no podemos menos de reseñar uno lindísimo para niño de un año, y que como destinado á Filipinas, es todo lo ligero y rico que puede desearse. Es de glasé blanco, con el cuerpo escotado, formando tablas como de tres centímetros de ancho, en cuyo centro ván colocadas unas tiras como de un centímetro de ancho de escocés, guarnecidas con guipure negro estrechito; alrededor de la cintura ván colocadas unas aldetas adornadas con un bies escocés, un rizado al centro de cinta fuego y lista negra como de un centímetro, y á la pegadura de esta una felpilla estrechita blanca y escocés; la falda guarnecida con una banda escocesa de 12 centímetros que lleva el mismo rizado y felpilla en ambos lados, dá una riqueza y elegancia á este traje incomparables; anchas caidas adornadas del mismo modo; un sombrero de crespón blanco con adornos escoceses, pluma id., y un rostrillo con florecitas blancas y rosas menudas, completan este lindo traje.

En adornos de cabeza hay un surtido precioso, citaremos uno hecho espresamente para la duquesa de M. Este prendido es de terciopelo azul Méjico, con diadema de grandes hojas de

terciopelo del mismo color, entremezcladas de yerbecitas color cabellos de la reina. Una blonda, graciosamente colocada en el bajo del prendido, completa el adorno.

Madama Grenet, se ocupa en la confeccion de trajes con el mismo celo y el mismo talento. Hé aquí una de sus creaciones destinada tambien para la duquesa de M. Traje de casa lujoso y elegante de cachemira blanca, guarnecido de tafetan color de fuego. Sobre este tafetan van colocados pequeños encajes negros, superpuestos con soutachés de oro. La cordonería es blanca y encarnada. Bellotas encarnadas y oro adornan las mangas y el cuello.

Aún tenemos una linda cosa que citar: es una pequeña zuava de paño blanco, que pasará por uno de los abrigos más elegantes de la estacion. El capricho le ha dado un corte encantador, y la pasamanería negra que dibuja todas las costuras, es una de las más bellas fabricaciones del almacén *La Ciudad de Leon*. Esta zuava es pequeña, semi-ajustada, con mangas medio anchas que conservan la forma abierta hasta muy cerca del codo. Un adorno de cascabeles de lana blanca y negra, sigue el contorno de esta graciosa creacion.

Adios, queridas lectoras, hasta otro dia.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

(Para los suscritores á la edicion completa.)

1.^a figura.—Vestido de moaré antique gris Polonia, bordado de seda del mismo color. Abrigo de terciopelo azul, con pelerina de pasamanería rodeada de una franja de felpilla y cuentas de azabache, bordado de seda y cuentas sobre el delantero y las mangas. Sombrero Marie Stuard de terciopelo blanco guarnecido de rosas musgo y fanchon de blonda.

2.^a figura.—Traje de casa. Falda de cachemir gris moda, bordado de soutaché. Abrigo corto de la misma tela, cerrado en el pecho por tres botones puestos en cada delantero, manga de codo con vuelta formando punta. La espalda es redonda y cae más baja que los costados, figurando casaca. Gorra de blonda con un grupo de rosas color grana sobre la frente y cintas

iguales. Cintura con puntas igual á la casaca. Cuello y mangas de encaje.

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS.

Los ayes del poeta encuentran siempre un eco que responde en las almas sensibles, una sonrisa fria en las indiferentes, y un insolente desden en las egoistas.

Aprende á conocer el carácter de cada uno y los conquistarás á todos.

El primer escalon del crimen es tan penoso de bajar, que el hombre más temerario, dá repetidas vueltas y titubea en su orilla; pero una vez vencido, cae por una pendiente rápida y no pára hasta ver el horroroso fin del precipicio.

ROGELIA LEON.

ADVERTENCIA.

Debíamos repartir en este número patrones de abrigo para señora; pero no habiéndolos recibido á tiempo lo dejamos para el inmediato dando en su lugar un figurin.

Ya desde este mes empezaremos á dar á nuestros suscritores patrones para trajes y abrigos de señora y de niños tomados de los acreditados periódicos de Paris Le Journal des Coutenieres y Le Journal des Enfants, que son los que con más éxito circulan en Francia.

Creemos que esta mejora, con otras muy importantes que anunciaremos á su tiempo, serán del agrado de nuestros numerosos abonados, á los que suplicamos conserven sus recibos de suscripcion, con los cuales podrán reclamar el regalo que preparamos para Navidad.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1865.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.